

Donna angelica vs. Donna diavola

Elena Montagud



tombooktu.com

www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

#donnaangelica

Colección: Tombooktu Fantasía y Terror
www.fantasiayterror.tombooktu.com
www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:
www.nowtilus.com
Si eres escritor contacta con Tombooktu:
www.facebook.com/editortombooktu

Título: *Donna angelica vs. Donna diavola*
Autor: © Elena Montagud

Maquetación: Emiliano Molina (www.cuadratin.es)
Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Copyright de la presente edición en lengua castellana:
© 2013 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027, Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Papel: 978-84-15747-35-2
ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-9967-514-5
ISBN Digital: 978-84-9967-515-2
Fecha de publicación: Julio 2013

Impreso en España
Imprime: Servicepoint
Depósito legal: M-0000-2013

Índice

Prólogo	9
Introducción	13
Otredad	19
<i>Credibile est illi numen inesse loco</i>	35
Números	47
Carta a un padre de Valencia.	57
La inocente parricida	63
El reverso de las palabras	77
El ángel mudo	95
La chica de los ojos grises	109
Agradecimientos	175

PRÓLOGO

Voy a ser honesto.

No sé si Elena Montagud es una auténtica valiente o está loca de atar. Si se me pide mi opinión, muy grande es el riesgo del autor que se pone en contacto con un perfecto desconocido en el mundillo literario, como es el caso de un servidor, para pedirle que escriba el prólogo del libro que tenéis entre las manos. Con alguien que no sólo no ha publicado libro alguno a día de hoy, sino que además cuenta con un ínfimo número de lectores. Alguien que, desde el más absoluto anonimato, se encuentra con la tarea de hablaros acerca de la autora y de su obra.

«No creo que el prologuista deba ser famoso», me responde Elena cuando le pregunto si está realmente segura de que sea yo y no otro quien lo haga. «El prologuista debería ser aquel que conoce bien la obra del escritor al que prologa».

Esta respuesta dice mucho de ella, especialmente en un mundillo como este, en el que los advenedizos tenemos que luchar con uñas y dientes para hacernos un huequecito; donde eso de que te midan por tus logros de cara a la galería se da día sí y día también. Con estas palabras, dejo de cuestionarme cosas tan nimias como pedir una eva-

luación psiquiátrica de Elena; en lugar de eso, no puedo sentirme más honrado.

Dejemos de hablar de mí y hablemos de la autora.

Elena y yo debimos de meter la cabeza en el mundillo literario más o menos por la misma época, aunque no empezaríamos a tener correspondencia hasta un año después, cuando coincidimos en aquella publicación digital conocida como *Los Zombis no Saben Leer*, en la que yo colaboraba como ilustrador. Poco después de empezar a escribirnos, acabé por ilustrar algunos de sus relatos para la revista, y bueno...

No tenéis por qué creerme pero, como he mencionado arriba, voy a ser honesto.

El estilo de Elena (o Yume, como se hacía llamar por aquella época) destacaba por encima del de sus compañeros. Con esto no quiero decir que algunas bestias pardas como las que había allí fuesen malos, ni mucho menos. Lo que quiero decir es que, a mi juicio, Elena tenía algo que marcaba la diferencia. No me atrevería a usar la palabra «mejor» —eso sería simplificar el asunto de una manera trivial—, sino «especial».

Llamadlo estilo.

Llamadlo tono.

Llamadlo como queráis, yo aún no sé lo que es con exactitud. No sé si era el manejo de la segunda persona (algo no excesivamente habitual hoy en día), la frecuente aparición de figuras de la mitología clásica o el erotismo que se destilaba en algunas de sus historias. Ese tipo de rasgos fueron los que, de algún modo, conformaron el bagaje estilístico de aquellos relatos. Diferentes entre sí, y sin embargo, fácilmente reconocibles.

Elena y yo nunca nos hemos conocido en persona. No hasta el momento en que redacto estas líneas. Eso, sin embargo, no quiere decir que no tengamos la suficiente

confianza como para habernos escrito y compartido cosas acerca de este mundo, menos afable de lo que debería y no menos solitario. No es la primera vez que nos hemos confesado mutuamente ese miedo a no ver la salida a esa etapa en que llevas el cartel de «Novel» clavado en la frente, en que editoriales y algunos «compañeros» te ven como «impublicado», como escritorzuelo de segunda clase. Como «ese, que no llega a la altura siquiera de convertirse en un rival». Mil y una veces hemos hablado de que, cada día que pasa, tus textos tienen más pinta de pasarse el resto de su existencia en un cajón que de ver la luz y de llegar a un público.

Me gusta pensar que todo esfuerzo conlleva su recompensa, tarde o temprano. El secreto está en no rendirse, y eso es lo que Elena ha hecho. Pese a ese mar de dudas que la ha acosado —creedme, he sido testigo de ello en numerosas ocasiones—, ha tenido el valor, el arrojo o los arrestos de seguir adelante. De seguir peleando. De no arrojar la toalla. Es por eso por lo que su nombre aparece en la cubierta del libro que tenéis entre manos y, de entre todos los motivos que podría tener, quizás el de mayor peso para sentirme tan terriblemente orgulloso de ella.

Dejemos por un momento a la autora y hablemos de su obra. Lo que estáis a punto de leer es una selección de relatos —ella los llama cuentos— marcados en parte por su carácter sobrenatural, en parte por una fuerte presencia femenina (heroínas o villanas, las mujeres suelen ser personajes recurrentes y para nada invisibles en cada historia) y en parte por su uso de una sexualidad no necesariamente convencional, ni cayendo en el fácil recurso de la grosería. En ellos encontraréis personajes desarrapados, solitarios, obligados a vivir en un mundo que no entienden. Personajes que a veces luchan por romper el círculo de sus vidas, y que en otras ocasiones se dejan arrastrar

por su propio destino. Víctimas, asesinos y, en ocasiones, ambas cosas a la vez. El universo que nos muestra es oscuro, violento y terrorífico... y, al mismo tiempo, nos dice una palabra una y otra vez:

Lucha.

Elena ha luchado con uñas y dientes para que estas historias sean lo mejor que, hoy por hoy, pueda ofreceros. Se ha enfrentado a sus temores y a sus propios demonios. Ha peleado lo indecible para que este libro esté en vuestras manos.

Ahora os toca a vosotros ser, como lo fui yo en su momento, testigos de su lucha.

Javier Durán
Málaga, 26 de noviembre del 2011

Javier Durán es ilustrador de la revista digital *Los Zombis no Saben Leer*. En la actualidad, combina esta faceta con la de intentar sacar adelante su saga literaria *Oscuro*, así como de tener actualizado *Rumbo a la Distopía*, su blog personal.

INTRODUCCIÓN

Cuando era más joven mis escritos siempre estaban narrados por personajes masculinos. Y cuando alguien los leía me preguntaba el motivo. Al principio no sabía qué contestarle, y así pasé mucho tiempo sin saber muy bien por qué mi lugar de enunciación era desde la mirada de un hombre. No obstante, nadie en esos momentos se fijaba de que en todos esos escritos había también mujeres, y que la relación que se establecía entre el hombre y la mujer en todos ellos era bastante interesante. Ni yo misma me daba cuenta de ello, para ser sincera.

Creo que fue el estudiar una asignatura de Literatura Medieval lo que me trajo la conciencia. Porque como sabéis, la mujer en la época medieval estaba un poquito desprestigiada. Fue en ese entonces cuando descubrí la oposición Eva-Ave, o mejor dicho el Mal y el Bien, las dos caras de las mujeres según la tradición. Y todavía me parecía más interesante porque en mis relatos ya aparecía todo eso sin yo haberme dado cuenta. Así que fui investigando: me gustaba leer obras en las que el narrador era un hombre y el objeto de deseo una mujer y después descubrí a todas esas poetisas latinoamericanas que, en lugar de quedarse en objetos, consiguieron ser sujetos. Pero yo quería

más. No me sentía a gusto con esas concepciones, quería ir más allá. Y, en cierto modo, en mis primeros escritos esa búsqueda ya se encontraba.

Si esperáis encontrar en esta antología una visión opuesta llevada a sus extremos, entonces lo siento, pero no es así. Y tampoco se van a encontrar los lectores al leer estos cuentos una defensa de la mujer, o una crítica. No me posiciono ni como hombre ni como mujer. Lo que me gusta es explorar la psique humana. Yo no creo que en esta vida todo sea blanco o negro, sino que está llena de matices. Y lo mismo sucede con los humanos, ya sea un hombre o una mujer. Es por esto por lo que mis personajes femeninos pueden pareceros muy malvados, o muy buenos, en la primera lectura de los cuentos; no obstante, tras una segunda lectura o una tercera veréis que no es así. Además, la maldad y la bondad, en ocasiones, pueden ser muy subjetivas.

«Otreddad» surgió tras haber leído una versión de la infancia de Jack el Destripador. Estoy segura de que la mujer que aparece en este cuento os parece tan malvada como un diablo, ¿por qué no? Sin embargo, en su psique ella no se siente así, y ve a los demás como un enemigo. En este cuento la maldad, en realidad, no está asociada simplemente a lo femenino, sino también a las enfermedades mentales y a las relaciones de poder que se establecen en una familia.

«Credibile...» es uno de los cuentos que más aprecio. Y sé que a muchas personas les ha gustado. Surgió de mi concepción del diablo. En mi mente, el diablo es de sexo femenino, asociado a la lujuria, a la carnalidad, al desenfreno. Es pelirroja y extremadamente bella... aunque no siempre. Pero en mi mente, también, el demonio no es tan malvado como lo pintan. Son leyendas, concepciones y creencias que se han transmitido a lo largo de generaciones y que todavía hoy en día se mantienen. Porque si

recordáis, en la religión cristiana, el demonio era el ángel más bello. Y es así como permanece en mi cabeza.

«Números» es uno de los pocos relatos de ciencia-ficción que he escrito en mi vida. La protagonista no es humana, como podréis comprobar cuando lo leáis. Quería jugar con la idea de que los cyborgs no pueden sentir por ser máquinas y la mayoría de las veces aparecen en las películas o en las literaturas como seres malvados. Si os fijáis cuando lo leáis, este personaje —a pesar de no ser humano— es uno de los que más se acercan al prototipo de mujer sumisa. Como veis, no todo lo podemos medir con los conceptos de bondad y maldad.

Creo que «Carta a un padre de Valencia» es uno de mis preferidos. Y si os digo cómo nació, os asombraréis. Pero los escritores encuentran a sus musas en cualquier parte. Yo estaba escuchando una canción de Rihanna, *Man down*, en la que ella le cuenta a su madre que ha matado a un hombre. Este es uno de los temas que más me han hecho pensar a lo largo de mi vida. ¿Matar a otra persona nos convierte en personas malas? ¿Y si es una mujer a la que le han hecho daño, entonces caben las excusas y el perdón? Y, por otra parte, adoro el cuento «La casa de azúcar» de Silvina Ocampo, cuya protagonista está llena de manías, algo que me ha despertado mucha curiosidad siempre. En fin, a pesar de que el cuento —de los más cortitos y escrito en forma de confesión— tiene pinceladas de humor negro, lo que trato en él no es algo trivial: las obsesiones, las manías, la ambición, el dinero fácil y todo ello sumado a ser mujer es lo que llevan a la protagonista de la carta a la situación en la que se encuentra.

Otra de las aficiones que tengo es investigar sobre mujeres de la historia. De mis favoritas es la Condesa Sangrienta, es decir, Erszebet Bathory. Sin embargo, ha sido otra la que he dibujado en mis escritos. «La inocente

parricida» está basado en hechos reales, en lo que hipotéticamente hizo Lizzie Borden, considerada una de las mayores parricidas de la historia. Quería meterme en su mente, algo muy difícil, y es eso lo que he intentado hacer, pero siempre manteniendo las distancias.

«El reverso de las palabras» surgió pensando en mí y en el poder que podrían tener mis palabras. El personaje principal es una mujer joven llamada Elena Montagud (¡sí, como yo!) que posee un don especial: todo lo que escribe se convierte en realidad, pero todo lo malo. En este relato he fusionado el poder de la escritura con el poder de la mujer: ella es capaz de dar vida pero, en este caso, también de quitarla.

«El ángel mudo» y «La chica de los ojos grises» son mis cuentos preferidos. El primero, que ganó un concurso, está escrito en segunda persona, algo que me gusta mucho hacer porque me permite jugar a que conozco a mi personaje y le hablo de tú a tú, como si fuese de carne y hueso. La protagonista aquí sí podría ser considerada como la *donna angelicata*. No obstante, ¿qué sucede cuando ese ángel se convierte –aunque no por voluntad propia– en un monstruo en su exterior?

El segundo podría considerarse casi una novelita corta. Y es uno de los que más he retocado, reelaborado y pensado. En él hay muchas referencias a *Rayuela*, de Cortázar, por ser uno de mis libros preferidos. Y también alusiones a *Las intermitencias de la muerte* de Saramago. La muerte es uno de mis personajes ficticios preferidos. Me la imagino de muchas formas: un esqueleto con una capa negra, una sombra, un niño con los ojos rojos o... Bueno, prefiero que leáis el cuento y que, tras él, reflexionéis un poco sobre qué podría ser y cómo se podría sentir.

Por último, cabe señalar que todos mis cuentos son siempre fantásticos. Creo que todavía no he escrito uno en

el que el realismo abarcase por completo el argumento. Y es que me gusta que en la cotidianeidad aparezca lo sobrenatural y sea recibido de forma espontánea, como les sucede a todos los personajes. Así, en esta antología las mujeres de carne y hueso se dan la mano con conceptos o ideales de mujer (según mis pensamientos, claro está). Asesinas, ángeles, diablasas, robots...

En fin, *demonios angelicales*.

Elena Montagud

29-11-2012

Otredad

Rompe, rompe el cristal, Gabriel.

El niño se removió inquieto, observando con cautela la imagen que le devolvía el espejo. Escuchó la voz de su madre en el salón, parecía que se acercaba al baño. Decidió abrir el grifo, sólo para aparentar que se estaba lavando los dientes y para que no le escuchara hablar.

—¿Y qué me darás si lo rompo? —le preguntó a la imagen.

No puedo darte nada de momento, Gabriel. Estoy muy débil. Papá y mamá apenas me dan ya de comer. Pero cuando salga, jugaremos y estaremos juntos para siempre. Es eso lo que quieres, ¿no? Un amigo con quien jugar.

Gabriel asintió con la cabeza. Puso uno de sus deditos bajo el chorro del agua fría mientras pensaba.

—No sé por qué papá y mamá te tienen ahí encerrado. ¿Te portaste muy mal?

La imagen del espejo, tan parecida a él, negó con la cabeza.

Papá y mamá creen que soy malo, que me portaré mal si me sacan de aquí. Pero tú no piensas eso, ¿a que no, Gabriel? Siempre me he portado bien contigo. Cuando te esconden los juguetes te digo dónde están.

—Sí, eso es verdad. Pero es que si te dejas salir, me castigarán a mí. Y este verano papá me había prometido llevarme al parque de atracciones si aprobaba todo y me portaba bien.

Ellos no se enterarán de que me has sacado de aquí.

Gabriel abrió mucho los ojos, asombrado. ¿Cómo no se iban a enterar? En cuanto rompiera el espejo y el otro saliese, lo verían, y sabrían que había sido Gabriel el que le había ayudado a salir.

No, Gabriel, no. Ellos no me verán. Porque tú y yo seremos uno. Te lo prometo. Juguemos juntos para siempre.

—¿Qué quieres decir con que seremos uno?

No puedo explicártelo. No lo entenderías. Pero los niños de tu clase ya no se meterían nunca más contigo. Y tú podrías hacer todo, todo lo que quisieses, porque serías muy fuerte. Ella ya no te haría daño nunca más.

—¿En serio? —Gabriel sonrió a la imagen del espejo y cogió uno de los botes de champú de su madre.

Con eso no romperás el cristal, Gabriel. Además, tienes que estar seguro del todo, para que yo salga con fuerzas. Y todavía no lo estás.

—Es que tengo un poquito de miedo. Cuando mamá se enfada, ya sabes cómo se pone.

Mamá no te hará daño. Yo te protegeré.

Ten cuidado, viene.

Gabriel cerró apresuradamente el grifo y se quedó mirando a la puerta. Justo en ese momento escuchó la voz de su madre desde el otro lado.

—Cariño, ¿aún no acabas? Tengo que entrar.

El niño se giró, pero en el espejo ya no había nadie. Lo lamentó. Le gustaba hablar con él. Su madre volvió a llamar a la puerta.

—¿Cariño?

—Ya voy, mamá.

Cuando abrió la puerta, su madre le esperaba con los brazos en jarras. No le gustó. Por su voz, había pensado

que estaba contenta, pero ahora no lo parecía en absoluto. Se acercó a su hijo y lo cogió del pelo. Gabriel supo que había estado bebiendo otra vez de esas botellas que tenía guardadas en un armario de la cocina, escondidas tras los productos de limpieza.

—Mamá necesitaba ir al baño y tú te has tirado ahí dos horas —dijo, con voz gangosa.

Gabriel olió el rancio aliento. Su papá decía que apesataba a cenicero y a alcohol. Lo sacó a rastras del cuarto de baño hasta el salón, donde su padre leía unos papeles. Su papá siempre estaba muy ocupado con el trabajo, apenas lo veía.

—El gilipollas de tu hijo estaba hablando solo otra vez —soltó su madre, empujándole.

El chiquillo observó que su padre se ponía tenso. En muy pocas ocasiones se había enfrentado a su mujer, y cuando lo hacía, ella explotaba en un ataque de histeria y acababan en el hospital. Pero él... Sí, él podía hacer que todo aquello acabase.

—Son cosas de niños, Luisa —contestó su padre, quitándose las gafas y dejándolas en la mesa. Abrió los brazos y abrazó a su hijo.

—Tú siempre dejas que se salga con la suya —continuó la mujer, mirándolos con odio—. ¿De verdad crees que son cosas de críos? Yo lo que pienso es que está más loco que una cabra, como tú.

Gabriel pensó que su madre iba a continuar gritándoles y que luego pasaría a los insultos, y tal vez a algo más, pero por suerte, murmuró que tenía sueño y que se iba a acostar la siesta. El niño suspiró cuando escuchó cerrarse la puerta del cuarto de su madre.

—No te habrá pegado, ¿verdad? —le preguntó su padre, tanteándole el cuerpecito.

Credibile est illi numen inesse loco

*Esse deos, i, crede – fidem iurata fefellit,
et facies illi, quae fuit ante, manet!*
(¿Creeré en la existencia de los dioses?
Se burló de la fe jurada, y su rostro
permaneció tan hermoso como antes)

Ovidio

Ah, el séptimo arte. Ese arte que todos conocen pero en realidad no comprenden... Si en realidad lo sintieran como yo lo hago, llegarían a tocar el cielo –o tal vez el infierno– con las manos. El cine... Esa maravilla de la que todos hablan sin tener en cuenta distintos factores, sin saber muy bien a lo que se están refiriendo... El cine, para mí, es la sabiduría, es la forma de llegar al orgasmo y de eyacular en silencio. El cine es lo que me hace sentir en determinados momentos como un dios, como un Hernán Cortés sometiendo al pobre Moctezuma... Sus historias hacen que me olvide de la jodida existencia durante un par de horas y sus personajes siempre están ahí, esperándome y consolándome. Sin embargo, lo que más adoro del cine, es que puedo perderme en ensoñaciones. Yo puedo

ser un personaje más, meterme dentro de esa pantalla y hacer cualquier cosa que se me pase por la cabeza.

Una vez a la semana vengo a este cine que se encuentra escondido en una oscura callejuela. Siempre acudo a la sesión de la madrugada porque así nadie interrumpe mis sesiones íntimas con un amante que no me pide nada a cambio. La sala se despliega ante mí como un lugar exótico y salvaje, la pantalla se ilumina como lo haría la cara de una prostituta ante la llegada de su fiel cliente, las butacas aterciopeladas se estremecen con el contacto de mi piel.

Últimamente siento que mi refugio ha sido violado, pues cada vez que entro en la sala hay una persona que ya está sentada en la primera fila. He intentado descubrir su rostro, pero la oscuridad no me lo permite y cuando las luces se encienden no hay ni rastro de esa presencia fugaz. Esta noche la situación va a cambiar y yo me voy a convertir en el cazador que acecha a su presa. Cuando entro, casi media hora antes de que empiece la sesión, no ha llegado todavía nadie. Al cabo de unos quince minutos escucho la puerta abrirse y un aroma dulzón inunda mis fosas nasales. Me recuerda a algo vagamente familiar pero no acierto a adivinar a qué. No muevo la cabeza, finjo que me hallo completamente concentrado en la negra pantalla, y a través del rabillo del ojo distingo un leve movimiento un par de asientos más allá, en la misma fila en la que yo estoy sentado. No voy a mirar, me repito. Sea quien sea esa persona que comparte los mismos gustos que yo no debe pensar que siento curiosidad, así que espero callado y rígido como una estatua hasta que las luces se apagan por completo y la pantalla muestra unas vivas imágenes: los tráileres. Es en ese momento cuando aprovecho para girar disimuladamente la cabeza. Me sorprende lo que veo: una mujer, bastante joven y bonita –todo sea dicho– está

sentada a tan sólo cuatro butacas más allá de la mía. Tiene el pelo rojo como el fuego, y muy largo. No distingo el color de sus ojos pero brillan intensamente. O tal vez sólo sea el reflejo de la pantalla. De todos modos, y sin saber muy bien por qué, noto un bulto que ha crecido en mi entrepierna. Me descubro completamente excitado. Los poros de mi piel se dilatan cada vez que la mujer agita la cabellera y llega hasta mí ese aroma que todavía no he logrado adivinar.

La película empieza. Hoy se trata de un pase de una antigua película de vampiros, *El ansia*. Me acomodo en la butaca. De repente me siento un poco mareado, seguramente por el intenso perfume que lleva la mujer. Esta vez la ensoñación que tengo no es como en otras ocasiones. Es demasiado nítida, demasiado real. En ella, me hallo en un castillo viejo y ruinoso. Atravieso pasillos alumbrados tan sólo por antorchas que los dotan de un ambiente lúgubre e irreal. Camino decidido y estoy hambriento, muy hambriento. Sé con certeza que voy en busca de comida y que esa comida está tras la puerta que abro cuidadosamente. Cuál es mi sorpresa al descubrir que en la habitación, toda revestida de rojo —sábanas rojas, cortinas rojas, pétalos rojos cubriendo la cama—, está la mujer del cine. Me espera tumbada, completamente desnuda. Su sexo se muestra ante mí en todo su esplendor. No sé muy bien lo que soy pero puedo ver la cálida sangre corriendo debajo de su nívea piel y los latidos de su corazón me provocan más hambre. La mujer me mira con unos extraños ojos violetas, sonriendo tímidamente, aunque su sonrisa se transforma en un gesto de terror al comprender mi naturaleza. Me lanzo contra ella como un animal salvaje y con una uña afilada y brillante desgarró su garganta. La sangre fluye. Me recuerda a los pétalos esparcidos por toda la cama. Muerdo su cuello, lamo ese líquido caliente y espeso, tan dulce como

Números

Ahora ya no soy un número. Ya no soy una mente destinada a la servidumbre. Ninguno lo somos, pero cuando Argos emprendió su marcha, todavía lo éramos.

¿En qué momento los seres humanos cambiaron a sus mujeres y maridos por unos androides? No lo sé, y no hay ninguno de nosotros que lo sepa a ciencia cierta. Algunos de los más valientes se han atrevido a escribir estudios que no han visto la luz más que en los mercados negros del Emur. Los demás, nos continuamos mirando interrogantes, dubitativos.

Lo que sabemos es que hubo un momento en la existencia del hombre, aquel en que la ciencia y el progreso llegaron a límites inmorales, en que aparecimos nosotros. Y entonces las mujeres y los hombres reales acordaron que tan sólo se rozarían para procrear. Y nosotros fuimos los encargados de provocarles placeres hasta entonces insospechables. Al principio sólo nos podían poseer los más ricos: famosos, políticos, grandes empresarios. Pero poco a poco la situación fue cambiando y las grandes empresas se dieron cuenta de que vendernos de forma masiva aumentaría sus ingresos. Todos los mercados de nuestro planeta, Speculum, formaron una alianza. La venta masiva comen-

zó en Japón, pero pronto los otros países se unieron a él, y los televisores anunciaban todo tipo de androides de la raza que se quisiera. Y al final se pudieron elegir los rasgos exactos, la talla de pecho, cómo debía ser nuestro trasero, nuestros ojos o nuestros órganos sexuales. Hombres y mujeres horribles, tanto física como moralmente, disponían ahora del amante que siempre desearon. La prostitución nunca más fue un negocio. Por un módico precio, al final podías tener en tu hogar a la puta o el gigoló que siempre deseaste y nunca conseguiste y que fuese un perro fiel y agradecido.

Se nos creó como expertos amadores. En nuestro chip se entremezclaban rituales de diferentes culturas: el kamasutra, las orgías báquicas. En la vida terrenal ahora se gozaba de las delectaciones del paraíso (el de la religión musulmana, claro está) y muchas de las androides eran creadas para que volviesen a ser vírgenes una y otra vez, y muchos de ellos podían hacer el coito durante noches enteras.

No todos los amos —así nos obligaban a llamarlos— eran amables. Los números afortunados eran pocos. Sí que había algún hombre o mujer todavía cariñosos que veía la práctica como un acto deleznable. Sin embargo, eran pocos, y pululaban a sus anchas todos aquellos que habían reprimido sus impulsos y que ahora los descargaban en nosotros. La mayor parte de los números tenía que soportar prácticas atroces: éramos simple y llanamente unos perros, los esclavos sexuales que todo el mundo quiso tener alguna vez en su vida.

Y los seres humanos eran felices, pero no nosotros. Cada uno de nosotros nació con un fallo en el chip. Seríamos con mansedumbre pero la aborrecíamos. Aun así, la rebelión no se coló en ese fallo y acatábamos las órdenes con humildad, con resignación, con asco.

Yo nací con ese asco. Al abrir los ojos me topé con un hombre de enorme tripa, barba y cabello grasosos, ojos lujuriosos y animales. Y yo fui creada con rasgos y cuerpo tremendamente infantiles. En mi nuca tenía grabado un número: 84858. Pero él nunca me llamó así, se dirigía a mí con palabras como hija, cariñito de papá o niñita preciosa. Por ese entonces todavía no sabía nada. Tenemos la facultad de ir aprehendiendo el mundo que nos rodea como los seres humanos, aunque mucho más deprisa. Al cabo de un año ya sabía que durante toda su vida había abusado de su hija pequeña, la cual se había suicidado. Y el asco creció en mi interior, a pesar de que cualquiera diría que es improbable, que una máquina llena de cables y fusibles no puede sentir nada. Pero el chip de los sentimientos había fallado y sentíamos demasiadas pasiones. Por las noches llorábamos sin lágrimas.

Con el paso del tiempo las humillaciones se hicieron mayores. Robert me obligaba a vestirme con uniformes escolares, me recogía el cabello rubio y brillante en dos coletas, me las decoraba con lacitos. Luego me obligaba a realizarle toda una serie de prácticas que horrorizarían a cualquier hombre de Dios. Pero es que ya no lo había. Ni tampoco ningún Dios. El hombre llegó a la conclusión de que él lo era. La humillación se convirtió en dolor, porque se le sumaron los insultos, las palizas, los golpes con el cinturón. En muchas ocasiones pensé que su hija por ser humana había tenido suerte.

Robert era uno de los científicos de la Argos, la nave más avanzada y colosal de la historia de la humanidad. Hacía unos meses se había descubierto un nuevo planeta, muy semejante al nuestro —demasiado, pues era una réplica—. Se dispusieron todos los preparativos para viajar hacia allá, tal vez colonizarlo, descubrir si había vida. Se eligió cuidadosamente un equipo formado por excelentes médi-

Carta a un padre de Valencia

Papá, he matado a un hombre. No se lo digas a mamá, no se lo digas. No sé por qué lo hice, pero lo he matado. Tú ahorraste toda tu vida para enviarme a estudiar fuera y yo he matado a un hombre. Tú querrás protegerme, como siempre, querrás darme la razón, justificar el asesinato. Siento decirte que no hay ninguna razón de peso, papá, lo siento. Esta carta que no la lea mamá, por favor, que se llevará un buen disgusto. No me llames por teléfono porque me voy a mudar. No sé dónde voy a ir, porque seguro que dentro de nada me estarán buscando. Este hombre es importante, papá. Bastante importante. Aunque me vaya al fin del mundo, me encontrarán.

Yo qué sé, todo ha sido por culpa de mis manías. Tú sabes que yo he tenido muchas siempre. No quería cruzar la carretera en verde, siempre en rojo, cosa que tú decías que me traería algún disgusto. Pero mira, no, ha sido otra manía la que me lo ha traído, pero al fin y al cabo, manía es. No tendría que haberme ido de casa, porque tú ahorraste toda tu vida, siempre guardando un poquito de aquí y de allá para que yo pudiese estudiar fuera, ya que tú decías que yo era una chiquilla inteligente, que valía, y se lo decías a todos tus amigos del trabajo. Déjame decirte, papá,

que en realidad te he estado engañando estos tres años. Yo no he estudiado nada. Bueno, el primer año que llegué sí que empecé la carrera pero al cabo de unos meses lo dejé. Es que no me gustaba mucho, me parecía difícil. No sé, seré inteligente como tú dices, pero no me gusta estudiar, me aburre mucho, y una amiga me aseguró que podía tener todo el dinero que quisiese sin necesidad de estudiar. Es verdad que para el trabajo que he estado haciendo no se necesitan muchos estudios, aunque siempre gusta más a los clientes una puta culta. Sí, has leído bien, papá, he sido puta. Bueno, seguro que tú prefieres decir prostituta, que puta es una palabra muy fea. Que conste que he sido prostituta de lujo, que los clientes que he tenido nunca han sido barriobajeros ni he tenido nunca ningún problema. No me han pegado ni nada por el estilo. Algún insultillo que otro, pero son gajes del oficio.

Sé que no te gustará nada que te cuente estas cosas, pero debo hacerlo. Mira, papá, tengo que explicarte por qué comencé en todo esto, porque al fin y al cabo esto sí tiene un motivo, no como la muerte de este hombre que, por cierto, parece que me esté mirando ahí, desde el suelo, encharcado de sangre.

Bueno, papá, te explico. Nosotros no hemos sido nunca una familia rica. Pasábamos, teníamos ahorrillos y esas cosas, pero nada más. Por tanto, pagarme el viaje y la carrera ya era un esfuerzo. Pero yo tenía que vivir aquí. Al principio trabajé en un bar de comida rápida, que lo sepas, pero era muy duro y apenas ganaba. Y claro, llegó esta amiga y... Si tienes que echarle la culpa a alguien, que sea a ella, que fue la que me convenció. Ella es mi compañera de piso y llegaba todos los fines de semana con cosas nuevas. Que si un perfume de Adolfo Domínguez, que si unos Manolos (son unos zapatos muy caros, papá), que si un bolso de Prada... Como comprenderás, yo sentía

un poquito de envidia, porque si apenas llegaba a final de mes, ¿cómo iba a darme algún caprichillo? Total, que venció la curiosidad y le pregunté. Me confesó que era puta –prostituta, perdón– de lujo y que si quería yo también podía serlo. Hombre, primero pensé que cómo iba a serlo yo, si apenas me gustaba el sexo y no tenía casi pechos ni un tipo sorprendente. Caroline –es su nombre profesional, no puedo decirte el verdadero– me confesó que eso daba igual, que además, había tíos con filias extravagantes.

Así empecé, papá. No es que fuese precisamente divertido tener entre mis piernas cada día a unos cuantos tíos, pero tampoco era excesivamente desagradable. Y he de reconocer que algunos clientes incluso eran atractivos. ¡Y pagaban tan bien, papá! A la semana me podía sacar unos seiscientos euros, y eso si trabajaba poco. ¿Cómo te quedas? Si ese es el salario mínimo allá en España. Yo no sé cómo estará de bien pagada allí la prostitución de lujo, pero ya ves que aquí lo está demasiado bien.

Papá, sé que después de haber leído todo esto te puede haber pasado una de estas dos cosas: o bien estarás riéndote, pensando que es una broma; o bien estarás gritando y cagándote en todo. Si es la segunda, sólo decirte que muchas veces pensé en dejarlo, porque total, tenía ya mucho dinero, pero cada vez quería más y más. Los clientes me llevaban a restaurantes lujosos, a hoteles con los que ni siquiera habrás soñado, incluso algunos me ofrecían pasar las vacaciones con ellos.

Mira, este es –perdón, era– uno de ellos. Si ahora mismo, para serte sincera, nos encontramos de vacaciones. Bueno, él ya no. Por lo menos, ya no me pone nerviosa, que como ahora está muerto no me puede hablar. Sí, papá, es que el problema era ese: su forma de hablar. ¿Tú has leído un cuento de Poe, este escritor americano tan famoso? Es que tiene un cuento –que no me acuerdo ahora cómo

La inocente parricida

Allí estaba la casa y me sorprendió que su aspecto exterior no delatase el horror que había tenido lugar en ella. Más que casa, podría decirse que era un caserón, perfectamente restaurado al estilo victoriano. Desde fuera se podía apreciar que constaba de dos plantas y de un gran número de dormitorios. No cabía ninguna duda de que allí vivió una familia adinerada. Esta mansión –si se me permite llamarla así– antaño había pertenecido a la familia de los Borden. Ah, sí, estoy segura de que gracias a este apellido ya saben a quién me refiero, sobre todo si ustedes son estadounidenses o, si como yo, son unos completos fanáticos de las historias escabrosas. No voy a detenerme en contar la historia de dicha familia a aquellos ajenos a ella, pues bien pueden acudir a cualquier herramienta actual para conocerla. Lo verdaderamente importante de estas breves memorias es lo que me ocurrió allí.

Como digo, allí delante estaba el caserón, mostrándose ante mí en todo su esplendor –bueno, el esplendor que habían querido concederle los grandes empresarios sedientos de dinero–. No pude sentir menos que aversión, ya que, posiblemente, el lugar había sido una delicia, pero en todo caso antes del final escabroso que vivieron dos

de sus habitantes. Al parecer, me quedé atontada durante unos minutos observando la fachada, pues la guía me dio unas palmaditas, demostrándome que los demás visitantes ya habían entrado. No me demoré más y los seguí al interior. La guía estuvo unos cuantos minutos más hablando en la entrada, situándonos un poco más en la historia de aquella casa y, mientras, unos cuantos turistas comenzaron a hacer fotos de las paredes y los muebles, perfectamente exquisitos todos.

La sorpresa llegó en el gran comedor, donde un hombre vestido con un traje negro y de barba blanca nos invitaba a pasar. Con un rápido vistazo al cuadro que colgaba de la pared comprendimos que trataba de emular al difunto Andrew Borden. Fue en ese momento cuando me pregunté si los muertos estarían descansando en paz viendo cómo montaban toda esa farándula de sus vidas.

La guía nos llevó a la cocina, al salón, a los cuartos de baño. Cuando hubimos inspeccionado toda la planta baja, tras un montón de fotos por parte de los turistas, nos encaminó al piso de arriba. Nos dijo en voz baja —pensé que encima también sería actriz— que íbamos a entrar en el dormitorio del matrimonio Borden, que no hiciésemos mucho ruido pues la señora de la casa sufría jaquecas. Al entrar nos mantuvimos callados los segundos que estuvimos allí, observando como dormía plácidamente la supuesta señora. A continuación nos dejó ver el cuarto de invitados, maravillosamente decorado con una cama con dosel y una lámpara de araña enorme. No pude evitar estremecerme al recordar que habían encontrado en ese dormitorio a la señora Borden con el cráneo destrozado. Sin embargo, a mis compañeros de aventura todo parecía emocionarlos. Cuando ya vimos todas las habitaciones de ese piso, volvimos a bajar al de abajo. Faltaba una media hora para acabar el tour y que entrase el siguiente grupo.

La amable animadora nos dijo que íbamos a tener el honor de tomar el té en una compañía excepcional: con la mismísima señorita Lizzie Borden. Se me atragantó la saliva cuando la vi, tan parecida a la verdadera. Se me antojó incluso que sus pupilas brillaban con malicia. Mantuvo una amena charla con nosotros —aunque para mí fue horrorosa—, contándonos lo encantada que estaba de tenernos allí y hablándonos un poco sobre su vida y sus intereses. ¡Y mis compañeros todos tan tranquilos, como si aquello fuese lo más normal del mundo! Yo no podía dejar de pensar que era el fantasma de Lizzie, mostrándose en su apariencia más mortal.

—Señores y señoras, la visita ha llegado a su fin —nos comentó nuestra amable guía mientras salíamos del salón de té y nos apelonábamos en la puerta de entrada—. Recuerden que pueden pasar por nuestra tienda de regalos y llevarse algún detallito para sus hijos, padres o amigos. Recuerden también que todos aquellos que hayan pagado por pasar la noche aquí, tienen libre hasta las cinco de la tarde, hora en que deben volver a la casa.

Mientras los demás iban apresuradamente a la tienda de regalos, yo me escabullí de allí. Me sentía oprimida y temblorosa. Y es que en realidad había pagado por quedarme allí toda la noche, en uno de los dormitorios de la casa, rodeada de ruidos extraños y de actores que tal vez quisiesen asustarme. Sin embargo, no eran ahora los actores y los ruidos los que me daban miedo: mi alma escéptica se había tornado débil y temerosa tras la visita.

Eché un vistazo al reloj: todavía me quedaban unas dos horas libres. Debía tomar la importante decisión de volver o no volver, de pasar la noche allí o, por el contrario, en un cálido hotel. Como soy un poco tacaña y muy cabezona, resolví volver, pues no me devolverían el dinero y, además, estaba comportándome como una tonta. Yo no

El reverso de las palabras

—Pase, señorita, pase —dijo la voz.

Y la joven entró en la estancia sumida en penumbras amodorrantes. Olía de un modo extraño, a una mezcla entre alcohol médico y empaste de muelas. Tan sólo veía sombras de sillas y bultos sentados sobre ellas y una mesa grande, muy grande. Alguien le retiró una silla y tomó asiento. Fue en ese momento cuando pensó que no tendría ninguna escapatoria.

—Señorita Montagud, ¿desea usted tomar algo? —preguntó la voz de antes. Era una voz de hombre que arrastraba las eses finales. Ese detalle no le gustó nada.

—No, gracias —rechazó.

A medida que pasaron los minutos sus ojos se fueron acostumbrando a la escasa luz. Distinguió cuatro hombres y un par de mujeres. Todos ellos presididos por el que se había dirigido a ella. Este ahora la observaba con una media sonrisa, mientras tamborileaba en la mesa con la yema de los dedos. Todos la miraban ávidamente, y no pudo evitar que sus pensamientos se dirigiesen a las películas de vampiros. Era así como estas criaturas miraban a sus víctimas antes de hincarles el diente.

—Señorita Montagud, ¿sabe por qué la hemos hecho venir hasta aquí?

—Sí —asintió la joven. Luego se corrigió—. Bueno, en parte. Recibí una llamada diciéndome que me ofrecían un puesto de trabajo.

—¡Y así es! ¿En serio que no quiere tomar nada? ¿Unas pastitas de té, quizá? Ah, bien, bien, señorita, entonces lo mejor será que comencemos hablando del trabajo que le ofrecemos.

La joven asintió con la cabeza, un poco más tranquila. Ahora que veía perfectamente a esos hombres y mujeres, le pareció que no daban tanto miedo. Algunos eran todavía jóvenes y un par de ellos ancianos a los que podríamos querer como abuelos.

—He traído mi currículum, aunque no me dijeron nada en la llamada... —La joven abrió su bolso y sacó una carpeta que contenía unos cuantos papeles. Hizo ademán de levantarse para entregárselos al hombre que lideraba la reunión, pero este los rechazó con la mano.

—No, no, señorita Montagud. No es necesario ningún currículum. Nosotros ya sabemos todo lo que necesitamos saber sobre usted.

La muchacha sintió una punzada en el estómago. La boca se le quedó seca y pidió en voz muy bajita si podían traerle un vaso de agua. Tras esa pequeña interrupción, el hombre prosiguió:

—Usted es de las antiguas, señorita Montagud. Y usted tiene algo que nosotros querríamos tener pero no tenemos.

—No sé a qué se refiere —contestó la chica, sosteniendo con mano temblorosa el vaso de agua fresca.

—Vamos, señorita. No crea usted que nos chupamos el dedo. Su historia, que ha sido tomada como leyenda, es bien conocida por todos. ¿Acaso creía que cambiando de nombre o mudándose de ciudad iba a poder escapar?

La joven dio un trago al agua y luego la dejó en la mesa. Clavó la vista en las gotitas heladas que se deslizaban hacia el tablero de cristal. No quería mirar al hombre, sus ojos empezaban a darle miedo.

—Usted es de las antiguas pero se mantiene igual de joven. ¿No cree que resulta un poco extraño para aquel que le sigue la pista? Dejando estas cuestiones de lado, ya que en realidad son triviales para nuestro propósito, vayamos al grano: queremos que usted nos ofrezca su don.

La muchacha dio un respingo. Luego observó al resto de los integrantes de la sala. De nuevo la miraban ávidos, deseosos de hincar sus dientes en ella, de destrozarla. Pero no... Tan sólo querían otra cosa, y hubiese sido mucho mejor su naturaleza de vampiros para ella.

—Lo siento, pero no puedo ofrecer ese don a nadie.

—¿Ni siquiera por una gran cantidad de dinero?

—No.

—Mire, señorita, usted sabe dónde hemos ido a parar. ¿Piensa usted que podemos seguir viviendo así, nosotros? ¿No ha pensado usted en quiénes somos? No se preocupe, haremos una rápida presentación.

—Miguel Cañaverl, director de Sonrisas Inmaculadas S. A. —se presentó uno de los más jóvenes.

—María Teresa Fernández, directora de Pharmacobots —dijo una de las mujeres, la de pelo canoso.

—Salvador Martínez, director de Criaturas Cuidadas, Criaturas Sanas —continuó otro, aquel que a ella le había parecido el más anciano de todos, al que habría querido como a un abuelo.

Y uno a uno fueron presentándose, hasta que el hombre que cortaba el bacalao se levantó, hizo un gesto de cortesía inclinándose hacia delante y dijo:

—Y yo soy Luis Ramón Pelayo, director de Fresco Hasta en la Muerte.

El ángel mudo

Cuando Noel volvió de la gran ciudad, la cordura ya no brillaba en sus ojos y tú todavía eras el «ángel mudo».

Le esperaste sentada bajo una higuera. El pueblo se encontraba a cinco kilómetros. A veces, pasaba algún labriego y te saludaba, «Buenos días tenga usted, ángel Sara». Tú levantabas tu brillante rostro, dotado casi de una gracia divina, y mostrabas la sonrisa de la juventud. En el pueblo te adoraban. Tu candidez envolvía a los lugareños como el manto de la Verónica. Te gustaba la vida sencilla: ir los domingos al pueblo, jugar con los niños en los parques, llevarles manzanas de tu huerto a aquellos más pobres. A Noel también le gustaba, por eso, desde tu inocencia, no entendiste jamás muy bien que en los hombres pudiese anidar el mal.

Le esperaste sentada bajo la higuera, llevándote a la boca de vez en cuando alguno de los deliciosos frutos. Tu cuerpo se tensó al escuchar el motor del viejo autobús, que se acercaba renqueante por la carretera, levantando una humareda de polvo. Corriste hacia el camino, con la mirada brillante, la alegría del retorno dibujada en tu rostro. Cinco meses sin ver a Noel, tan sólo leyendo sus cartas. Cuando bajó las escalerillas del autobús, con una

barba descuidada, la ropa sucia y el rostro cadavérico, supiste que en él algo había cambiado. Pero lo peor fue su mirada. No te reconociste en ella. Noel extendió sus manos cogiendo las tuyas y te abrazó, pletórico de alegría.

—Seremos famosos, Sara, ¡famosos! Y ricos —dijo a viva voz.

Le miraste con los ojos muy abiertos. Con los ojos de alguien que siempre había vivido en el campo y no comprendía nada más que el hecho de cuidar de sus animales, de cultivar la tierra, de beber el agua fresca del molino.

—No me mires así, ángel Sara. Te dije que volviendo a la ciudad conseguiría sacarte de esta miseria —continuó él, agarrando su maleta y cogiéndote del brazo.

Caminasteis por el sendero que se dirigía hasta la pequeña granja. Sentiste algo parecido al dolor invadiéndote las entrañas. Noel jamás había dicho que vivir allí fuese algo malo, nunca había hablado de vuestras vidas como una desdicha.

—He visto algo sorprendente, mi ángel, ¡algo maravilloso! —Noel gesticulaba mientras te contaba sus vivencias—. Allá, en la ciudad, se estrenó una película que revolucionó la industria del cine. La gente, tras verla, aplaudió. Hablaba de un monstruo, Sara, de un monstruo. A las personas, en su pecado original, les hace sentir bien ver que los monstruos son los demás.

Os detuvisteis delante de vuestra casa. La casa en la que habíais vivido durante tres años maravillosos, llenos de fragancias de flores y de cantos de gallos al amanecer. Noel observó todo con una mueca de repugnancia.

—Mi ángel mudo, yo voy a crear un monstruo que adorarán. Y entonces, reconocerán mi genio.

Una ligera brisa meció los campos de maíz. Era primavera. No comprendiste las palabras de Noel y aun así conociste por primera vez el miedo. Te tocaste el vientre

inconscientemente. Hacía ya cinco meses que la semilla germinaba en tu interior.

Semanas después, recordaste el día en que Noel llegó al pueblo. Decían que era uno de esos ricachones de la ciudad que se dedicaban a hacer películas. Tú te hallabas jugando con un par de niños, escuchando como hablaban de él los demás. No le habías visto todavía, pero sentías una gran curiosidad. Entonces, una sombra se cernió sobre ti, y al levantarte, supiste que era él. No se parecía a nadie del pueblo. Desprendía seguridad y elegancia. Tocó tu rostro suavemente. Tú cerraste los ojos al sentir su tacto.

—Eres un ángel, ¿alguna vez te lo habían dicho? —te dijo, muy serio.

Te marchaste rápidamente, dejándolo allí. No querías que descubriese que eras muda, pero los rumores en los pueblos se extienden siempre como la pólvora y días después, él apareció en la granja, con un gran ramo de flores y una sonrisa apabullante en el rostro. Tu anciano padre salió soltando espumarajos por la boca, llamándole de todo y echándole de allí. Noel se fue, no sin entregarte antes el ramo, que guardaste como un tesoro hasta que se pudrió.

Al día siguiente, murió tu padre. Un ataque fulminante al corazón. Sola, estabas sola; sin embargo, apreciabas todavía lo hermosa que podía ser la vida. Tan grande y candoroso era tu corazón que asumías la muerte como un hecho más en la vida. Noel estuvo allí, en el entierro, ofreciéndote su hombro para llorar. No lo conocías pero confiaste en él. Le diste tu mano, tu corazón, tu alma. Dos meses después os casasteis en la pequeña iglesia del pueblo. Todos coincidieron en que eras más un ángel que nunca. Pensaste que no serías jamás tan feliz como

La chica de los ojos grises

Prólogo

¿Estás aquí?

Oh, mierda, está aquí.

The dreams in which I'm dying are the best I've ever had.

¿Por qué has vuelto? ¿Acaso me echabas de menos?
¿Echabas en falta el sabor dulzón de la sangre inundando tu lengua?

El tiempo pasa pero, de nuevo, me has encontrado. Una nota repentina en mi cartera. Es una hoja arrancada de un libro. *Rayuela*. Sé que eres tú, no puede ser otra. Nadie sabe como tú hacerme rezar por mi alma. Te rogaré, si te encuentro, que me olvides. Estoy casado, tengo hijos y una prematura calva. ¿Qué quieres de mí después de tantos años? ¿No es posible que pueda enterrar todos mis pecados?

Pero no. No podré, porque sé que has estado siempre ahí. Navegando por mis sueños como un súcubo maldito, toqueteando mi corazón hasta forjarlo tan podrido como el tuyo.

Y yo..., y yo... ¿qué cojones debo hacer? Porque salí de mi casa, como un loco, intentando salvar a mi familia.

Porque ahora mismo caería de rodillas en un camposanto suplicando al cielo que los dejases en paz. No. No. Ellos no. Sólo yo, yo soy el maldito. Ven a por mí, zorra, a por mí.

Camino por las solitarias calles, tan oscuras, tan silenciosas, tan peligrosas. Como tú. La luna en el cielo me vigila, cómplice de mi locura. Porque sabe que en el fondo deseo verte, contemplarte una vez más, acariciar tu rostro. ¡Mierda! ¡Joder! No. No quiero ver ese rostro. Ni esos ojos, grises como el humo. Ni ese cabello tan rojo como un atardecer. No quiero observar esos labios perversos. No quiero escuchar los latidos de ese corazón corrompido.

Atravieso la ciudad como un sonámbulo. En cada escaparate me parece ver tu cara, sonriéndome, mordéndote los carnosos labios, con un destello demoníaco en los ojos. Y entonces... un olor que me hace trastabillar.

Márchate. Márchate antes de que suceda todo otra vez. ¿Qué coño pretendes con esto? ¿Acaso quieres sostener en tus brazos una cáscara vacía otra vez? Márchate. No mires sus ojos. Su embrujo es demasiado fuerte, su poder primitivo siempre te vencerá. A ti, un simple humano...

La felicidad —y el miedo, oh sí, el miedo, Jesucristo, si estás ahí no la cruces otra vez en mi camino— inunda mi corazón cuando te descubro. El prodigio de tu presencia me aterra a la vez que me fascina. Es como si el tiempo no hubiera pasado para ti. ¿Y por qué tendría que haber pasado, maldita sea? Estás igual que la última vez que te vi: la misma figura delgada, el mismo cabello, el mismo rostro, los mismos ojos del color de la niebla. Las farolas de la avenida parpadean mientras te acercas flotando a mí. Tan pálida, tan espectral. Y siento que en cualquier momento se me van a aflojar las tripas porque estoy aterrado. Porque mientras se apagan las luces tu rostro va cambiando. Ahora eres bella; ahora una criatura salida del averno. Ahora eres joven; ahora marchita como una pasa reseca. Ahora tus ojos son

grises como la niebla que nos envuelve; ahora me lanzan destellos flamígeros que me hacen temblar.

Quién eres. Qué quieres de mí. Me envuelves. Me envuelves con tu abrazo oscuro, mortal. Y el olor de lirios aumenta, casi hasta ahogarme. Están descompuestos. Y el dolor de cabeza que sentía al salir de casa aumenta, y aumenta, y aumenta. Y me voy a volver loco. ¡Deseo morir aquí y ahora! Y suplico que tus labios susurren un «deseo concedido». Que tus manos se posen en mi cuello y lo aplasten. Pudrirme bajo tierra... Sí, gusanos que disfruten con mi carne fofa, una carne que ya no sirve más que para pecar.

¿Por qué estás aquí? ¿Cómo me has encontrado? Está claro que sabes todo sobre mí, que mientras tus ojos del color del asfalto invernal estén posados en mí jamás estaré libre de pecado, nunca podré vivir sin estremecerme, imaginando que por la noche te cuelas en mi casa sigilosamente y con tu aliento arrancas el alma de mis hijos o el espíritu de mi mujer. Y sin embargo, en el fondo, no me importaría, mientras pudiese contemplar tus ojos una vez más, esos ojos que me hechizaron. No sé si pensar que eres el ser más bondadoso del universo o el más cruel. Pero yo sé que soy el más desdichado.

Me estremezco bajo tu abrazo. Cada vez hace más frío y el olor a lirios aumenta... Entiendo a qué has venido.

1

—Eh, tío, ¿lo has oído?

Me giré hacia el lugar de donde provenía la voz aflautada de mi mejor amigo. Bostecé antes de contestar. Era bien sabido que a Jaime le encantaban los cotilleos.

—¿El qué debería haber oído?

—Hay una chavala nueva en la facultad. Según dicen está buenísima.

Agradecimientos

A todos aquellos que confiaron en mí, en especial a mi amiga y compañera de una de las mejores épocas de mi vida en la universidad, ella es Esther, que siempre me animó en la escritura, acudió a presentaciones y debatió conmigo sobre aquellos aspectos literarios más interesantes.

A mis padres, que sé que me apoyan aunque no les guste mucho leer.

A Ángel, que siempre me anima a creer que pronto daré el salto a la fama.

A los que estuvieron ahí cuando empecé a moverme en este mundillo (Darío, Ernesto, Javier, la gente de la kdd valenciana...).

A Javi Durán, que es el que mejor sabe definir el estilo «yúmico».

Sé que me dejo a mucha gente, pero se lo agradezco a todos los que han estado conmigo y los que lo estarán.

También a todos aquellos que no confiaron en darme una oportunidad o no se atrevieron a ello, porque las adversidades me hacen más fuerte y obstinada.

Gracias a todos.